

guerra de los germanos, trescientos diez despues de la guerra de los marcomanos, época en la que comenzó la gran invasion. Durante este largo período fué gobernada Roma primeramente por reyes; luego cuatrocientos ochenta y tres veces por dos cónsules anuales, y finalmente por setenta y tres emperadores.

CAPITULO XI

Consideraciones sobre la caída del imperio romano.

Si hemos logrado hacer que se comprenda el fin á que propendemos en esta historia, de seguro nadie aguarda que se deslicen de nuestra pluma los gemidos comunmente destinados á deplorar la caída de la grandeza latina. Dejamos ese trabajo á los que fieles á las ideas de escuela, juzgan los acontecimientos con el patriotismo de los Julios y de los Catones. Por lo que hace á nosotros la historia nos presenta en esta catástrofe el derrumbamiento de una barrera opuesta al progreso; y la agonía en que languidece por espacio de diez siglos el imperio de Oriente, nos da la clave de lo que hubiera acontecido al imperio de Occidente, á haber seguido subsistiendo.

Tampoco atribuimos únicamente á los ataques de los bárbaros su caída. Despues de haber comenzado desde el tiempo de César y de Augusto, le amenazaron durante cinco siglos sin encentarlo, en tanto que las causas interiores no hicieron inevitable una catástrofe, de que la gran invasion fué ocasion solamente.

Fúndanse en el amor las sociedades modernas, y cuanto más se civilizan, muestran mayor empeño por la paz, y hacen extensiva la igualdad á más crecido número de hombres. Al revés, las sociedades antiguas no existian mas que en virtud del odio, de la guerra, no cesando de excluirse recíprocamente de su libertad privilegiada y de rechazarse. Bien considerado, á esto se reducía el patriotismo, aquella vida de los Estados de la antigüedad. Un corto número de hombres, asociados entre sí, son libres en lo interior, aunque se hacen tiranos y enemigos de todo el que no pertenece á su agregacion; de aquí la necesidad urgente de mantenerse de continuo sobre las armas para el ataque y para la defensa; de aquí la atencion dedicada por los legisladores civiles y religiosos á conservar los

usos y las instituciones que distinguían á su nacion de todas las demas del mundo.

Sin embargo, no podían estorbar las conquistas, las alianzas, las confederaciones, con ensanchar aquellas sociedades, aumentando el número de agregados y disminuyendo el de enemigos. Extendiéndose de este modo los privilegios á una porcion más considerable de individuos, ganaban en ello la civilizacion y la justicia, pero la sociedad estaba minada por su base. Dilatándose demasiado, se enervaba el patriotismo, y sobrevenia un pueblo, que le hubiera conservado en su primitiva energía; de parte de aquel pueblo estaba la ventaja.

A consecuencia de las conquistas de Alejandro, borró Grecia los confines de su ciudad, y tuvo lugar su caída. En este segundo período se encontraban los pelasgos, los etruscos y los demas pueblos en torno del Mediterráneo, cuando Roma, ciudad patriótica y belicosa por excelencia, cargó sobre ellos y los dobló á su yugo.

¿Qué obstáculo podía oponer el mundo á su arranque, al austero rigor de sus patricios? Antes de que el espíritu de conquista pasara desde Oriente á Europa, se hallaban poco más ó menos á un mismo nivel de civilizacion los pueblos de esta última comarca; dedicados á la agricultura, divididos en pequeñas poblaciones segun los territorios, se hacían á menudo guerras de poca importancia, si bien eran propias para alimentar el denuedo, tenían pocas ciudades, de las cuales no dominaba ninguna, y no se congregaban más que momentáneamente para intereses pasajeros y transitorios. Ignoraban todos los refinamientos sociales, si bien poseían la libertad, carácter que les distinguía de los asiáticos. En los grandes imperios orientales desaparecía ó era sacrificado el individuo; en Europa, la subdivision producía aquellas luchas en que el hombre desarrolla y ejercita libremente las fuerzas que le son propias.

Semejante estado de cosas fué favorecido por la naturaleza, que había cortado el terreno con la corriente de los ríos y la mole de las montañas, y por las colonias que, compuestas de desterrados ó de ciudadanos, llevaban consigo el espíritu de libertad á todas partes.

Bajo este aspecto se ofrece á nuestros ojos

la Grecia con sus pueblos de origen y de constitucion diferentes, si bien unidos por la comunidad del lenguaje. Una vez asociados para repeler á los persas, se dividen luego en dos Estados principales, uno aristocrático y otro democrático. De aquí nacieron rivalidades de reconciliacion imposible, y guerras en que ambos consumieron sus fuerzas. Alejandro hubiera podido elevar á un eminente grado de grandeza á aquella nacion inducida á la unidad, si hubiera conservado y mantenido el espíritu de patriotismo, y si arrastrado su génio por una imaginacion oriental, no le hubiera empujado hácia el Asia más bien que hácia Europa.

Durante su tiempo se había resignado impaciente á la unidad la Grecia; despues de su muerte todo se descompone: multiplicanse los ejércitos, las ligas y las batallas; no se intenta nada grande ni generoso; cálculos mezquinos de equilibrio político con el pensamiento de consolidar la paz engendran guerras sin fin, que traen la disolucion general por resultado.

Roma se aprovecha de todas estas circunstancias. También Roma es una mezcla de diferentes naciones, y se vé en la imprescindible necesidad de sostenerse con la guerra en medio de las poblaciones enemigas de la Italia. Cuando la expulsion de los Tarquinos hubo suspendido el gran trabajo de asimilacion inaugurado por los reyes, y la oligarquía se consolidó en el acto, la plebe, la raza vencida, padeció bajo aquélla una opresion horrible, si bien menos dócil á la tiranía de lo que se habían mostrado los pueblos de Asia, se agitó de continuo clamando por la concesion de pan y de derechos. Para apaciguarla tuvieronla ocupada los patricios en pérpetuas lides, donde encontraban la infalible ventaja de enriquecerse á consecuencia de la victoria, ó, en su defecto, de refrenar con la derrota el orgullo de aquellos sobre quienes ejercitaban implacablemente su tiranía.

De consiguiente por la guerra se alcanzaban los honores en Roma; también en virtud de la guerra se aumentaba el número de ciudadanos y se formaba la educacion de ellos; especialmente en la guerra se ocupaban las asambleas del pueblo y las del Senado, que suministraba los capitanes encargados de ejecutar sobre el campo de batalla lo que había sido

acordado en las deliberaciones del consejo.

Cuando el espíritu marcial se asociaba de esta suerte á todos los elementos de la ciudad y comunica animacion á las asambleas deliberantes, ya no cabe en lo posible que se fije término á la guerra, pues viene á ser el voto de todos, como oficio, como excelente conducto para llegar á los honores, para adquirir riqueza, y preponderancia. No es el ardor de estos hijos de Marte semejante al de un Alejandro ó al de un Gengiskan, que en la muerte del conquistador dejan á los pueblos una esperanza; es el ardor de un héroe inmortal, cuya alma se perpetua en una sucesion no interrumpida de insignes capitanes.

Despues de que Roma ha avasallado la península con el influjo de sus armas, se encuentra frente á frente de Cartago; inespugnable en la resistencia, irresistible en la victoria, pone término á aquel miserable juego de equilibrio de las antiguas repúblicas arrojando su espada en la balanza, y constituyéndose por medio de su política aguda, apoyo del débil contra el fuerte para avasallar al uno y al otro.

¡Desgraciados de los vencidos! No es ya una simple dominacion de conquista; Dario y Jerjes dejaban á las colonias del Helesponto y de la Propóntida comerciar y gobernarse libremente, sin atentar contra sus intereses. Alejandro favorece la prosperidad de la Persia, y aún fomenta la de Egipto; si derruye á Tiro es para levantar en sus inmediaciones una ciudad destinada á eclipsar su esplendor completamente; los reyes del Ponto, que sometieron á muchas colonias en rededor de sus estados, jamás las arrebataron sus leyes; antes bien, sus afanes propendieron de continuo á ensanchar su comercio y á aumentar su riqueza, convirtiendo estas ventajas en un instrumento de poderío.

Al revés, Roma extingue y borra todo carácter nacional bajo su ominosa planta; donde quiera que penetra su espada dá al traste con la antigua grandeza, obra de largos siglos de industria. La opulenta Corinto; Cartago, la reina de los mares; Rodas, la esposa del Sol, son inmoladas ante aquella envidiosa conquistadora. Súbito pierden su prosperidad las ciudades mercantiles del Mar Egeo; de repente se apaga el brillo de las espléndidas ciudades de la Gre-

cia; el comercio, alma y vida de los pueblos que habitan en torno de los mares interiores, espira á impulsos de los abrazos de la dominadora, que lo sofoca poco á poco, sancionando con las leyes la opinion que califica de deshonra el comercio y el trabajo, y tambien con el feroz derecho del patriciado, que considera como enemigos á los pueblos neutrales, y como buena presa los bienes y los individuos de que se apodera en todo país que no figura entre el número de sus aliados.

Si tal vez Roma dejó á algunas de las ciudades conquistadas en la Italia y en la Grecia una sombra de libertad, y nada más que una sombra, declaró una guerra de exterminio á la Galia, á la España y al resto de Europa; irrecusable prueba es de esto la extension que tomaron las colonias, las cuales, reforzadas con los que emigraban á causa de las turbulencias de la metrópoli, hasta llegaron á alterar el idioma de los vencidos. Los indígenas, excepto el escaso número de aquellos que obtenian en ciertos países el goce más ó ménos lato del derecho político romano ó latino, quedaban expuestos á procesos inicuos, á la extorsion de los légistas, á la tiranía de los nobles, á la rapacidad de los procónsules, que, renovados de año en año, no consentian tregua alguna á las vejaciones. Salustio denominaba implacable é intolerable á la dominacion romana. Tácito narra, que para apaciguar las disputas de las provincias se las despoblaba. Tito Livio, que en la sencillez de su entusiasmo lírico, aparece deslumbrado por la grandeza de su patria, se indigna sinceramente cuando un pueblo osa defender contra ella su libertad y su vida: Tito Livio dice, que allí donde existe un publicano se desvanece todo derecho y no queda libertad ninguna. Y Mitridates puede exclamar con justicia: *¡Me espera como á su libertador toda el Asia!*

Tan luego como el gobierno republicano hubo borrado de esta suerte á las naciones, vino el gobierno imperial para aniquilar hasta los individuos, no apreciando ya al ciudadano sino en razon de lo que retribuía al Estado, y aislando el interés particular del interés general por este medio. Salvo el corto número de los que esperaban tomar parte en el gobierno, todos los demas solamente conocian al Estado por las opresiones y por los impuestos. Así, las pro-

vincias, en vez de aumentar la fuerza de Roma, contribuian á debilitarla, puesto que ellas la miraban como á una enemiga, y no veian eventualidad propicia á la reconquista de su libertad, más que en el abatimiento y en la servidumbre de la ciudad que les abrumaba con su tiranía.

Roma reparaba las pérdidas que le causaban las conquistas absorbiendo la flor y nata de los paiseses avasallados. Aquella constitucion admirable, que nacida con la ciudad, embarazada durante mucho tiempo por la aristocracia, sostenida por los tribunos, por los Gracos, por Mario, y todavía más por el génio de César, hizo que Roma llegara á ser soberana del mundo, acabó últimamente por minar los cimientos de su grandeza y poderio. En Roma republicana era una religion la idea de la patria; su engrandecimiento era el objeto supremo de la accion pública y privada, á trueque de lograr este fin no influian para nada la compasion, la virtud, el oro, la vida; no se aceptaba la paz sino despues de la victoria; y el sentimiento patriótico creaba aquellos héroes que causan el asombro y la admiracion de todo el que, curándose muy poco del bienestar de la humanidad, fija únicamente sus ojos en la grandeza. Repartíase el botin de las provincias conquistadas entre los soldados, el territorio entre los ciudadanos, los cuales formaban de este modo una barrera contra el enemigo, y derramando entre los vencidos el terror de Roma, así como el respeto hacía sus instituciones, la preparaban nuevos triunfos, si bien á medida que la ciudad se extendia á lo léjos iba en disminucion el amor que se la consagraba; y la pena del destierro, terrible para el romano, cuando en los antiguos dias le confinaba á Fidena ó á Ardea, pareció tan débil en tiempo de César, que hubo necesidad de agravarla con la confiscacion de bienes.

Cuando las conquistas lejanas obligaron á prorogar los mandos, fácilmente contrajeron los generales la costumbre de disponer á su antojo de las provincias esclavas; habituados los ejércitos á la obediencia ciega respecto de los jefes que les guiaban á la victoria, vinieron á ser en sus manos instrumentos hasta para combatir á la misma patria. Mario y Sila se sirvieron de ellos para convertirse en sanguinarios tiranos; César para humillar á la aristocracia, y Augus-

to para descargar sobre la república el golpe de gracia.

Entonces la constitucion se altera en un todo, no tanto porque haya tomado el título de emperador el dictador de la nobleza ó el tribuno de la plebe, como porque vienen á faltar las conquistas, habitual alimento de Roma. Ya no las reclama de ningun modo la ambicion privada desde que recaen en el soberano del imperio toda la ventaja y toda la gloria; ni por el Senado, que no necesita de victorias para distraer ó para engañar al pueblo; ni por la precision de adquirir en el rudo aprendizaje de los campamentos las dignidades y los honores, que ya entonces se ganan sólo con hacer la corte al jefe del Estado. Hasta los mismos emperadores se cuidan muy poco de ellas, mostrándose más anhelantes de disfrutar de las pomposas dulzuras de su categoria que de ensanchar una dominacion ya sobrado extensa.

A fin de echar por tierra todo obstáculo que se oponga á su preponderancia y de llenar las arcas del tesoro, aquellos monarcas dedican todos sus afanes á amortiguar el sentimiento exclusivo del amor de la patria, y á diseminar en mayor número de sus súbditos los derechos de ciudadano. El gobierno de Roma era el de un municipio, en el cual, patricios, pueblo, caballeros, Senado, cónsules y tribunos, se equilibraban del modo más á propósito para producir una organizacion civil excelente. Pero en el instante en que la ciudad vino á ser tan espaciosa como el mundo, no pudo bastar aquella misma organizacion para poner en armonía tan heterogéneos elementos. Otras Romas obtuvieron la forma de la ciudad madre, si bien no quedó de ella misma más que su fantasma. Vanamente fué abierta á toda la Italia y despues al mundo entero; esto no engendró una verdadera clase de ciudadanos, una nobleza de todo el imperio destinada á dar seguridades de libertad al pueblo, de duracion al gobierno, de influencia á la administracion. Todo dependia del capricho de uno solo y éste dependia á su vez del capricho del ejército; de donde resultó que no fué ménos tempestuosa que la república la monarquía. Tenía las apariencias de una unidad inmensa, si bien en lo interior nada se hallaba sólidamente establecido. Razas, idiomas, creencias, instituciones, todo era esencialmente di-

verso; un pueblo era extraño al otro; no se hallaban abiertas comunicaciones más que entre las capitales, es decir, entre las diferentes residencias de los ciudadanos de Roma; por lo demas en todas partes se encontraban recíprocas antipatías entre vencedores y vencidos, un antagonismo, que no teniendo nada de legal, desorganizaba el Estado, sin oponer freno alguno á los dominadores.

Sin César, verdadero fundador de la autocracia, hubiera podido poner en planta sus vastos designios, que consistian en consolidar la unidad del imperio, en hacer extensivos los derechos de ciudadanía á las provincias, en herir en el corazon á la aristocracia, ensanchando de continuo el cuadro del Senado por medio de agregaciones siempre nuevas, tal vez hubiera podido construir un gobierno bien combinado, cuyas distintas fuerzas se hubieran dirigido constantemente hácia un determinado y esclusivo objeto; aquella confusion de latinos, de italianos, de nuevos latinos, de municipios, de colonos, de provincianos, se hubiera convertido probablemente en un gran conjunto, en provecho de la libertad de la nacion y de la civilizacion del mundo. Pero Augusto con la estrechez de su espíritu y su corazon seco, no tuvo suficiente capacidad ni generosidad bastante para poner límites á su voluntad ni á la de sus sucesores. En su consecuencia éstos pudieron cuanto quisieron, y quisieron lo peor puntualmente. Vinieron á ser de todo punto imposibles las asambleas del pueblo desde que el mundo entero fué admitido en ellas. Como el Senado hubiera tenido á su alcance levantar una barrera contra la arbitrariedad, concordaron todos los emperadores en la idea de diezmarle y de envilecerle. De aquí provino inmediatamente una tiranía desenfrenada, que apareció mucho más monstruosa en razon de que el poder ejecutivo no se hallaba separado del poder legislativo como entre los modernos, sino que los príncipes administraban justicia, y aplicaban las penas decretadas por ellos mismos. Habia enseñado la antigua república de los patricios el modo de desembarazarse de todo el que oponia resistencia, dictando leyes con este objeto; de consiguiente los emperadores estuvieron en interés de su venganza ó para satisfacer la codicia de sus favoritos.

Efecto de su bondad particular fué, sin duda, si algunos no abusaron de un poder legal é ilimitado. Con efecto, ¿hemos visto acaso censurar nunca por haber violado la ley á aquellos mónstruos que se sucedieron en el trono de Augusto? Consiste en que la ley no restringia su voluntad en nada; ellos eran pontífices supremos de la religion; la moral era solamante asunto de discusion en las escuelas, y contra la palabra inflexible de la ley carecia de influjo.

Con tales medios se obtiene la autoridad soberana, pero no se consolida, y cuando el poder es la norma del derecho, la fuerza se convierte en árbitra de todo; esto es lo que aconteció cabalmente en Roma. Obligados los emperadores á mantenerse armados, no contra los enemigos exteriores, sino contra sus súbditos, aumentaron en gran manera el poder de los pretorianos y éstos usurparon la facultad de elegir los emperadores y de entrometerse en el gobierno civil del imperio. Cuando Cómodo redujo á la nada las últimas libertades del pueblo y del Senado, colocando al prefecto del pretorio al lado del trono, se constituyó el verdadero despotismo. Apoderáronse los pretorianos de los bienes que fueron de su conveniencia, sin tomarse siquiera la molestia de disimular la usurpacion con las fórmulas. Envilecieron al Senado introduciendo en él á las personas más impuras, con tal de que se les pagara; vendieron los decretos; crearon hasta veinticinco cónsules en un año; á mayor abundamiento sacaron el imperio á pública subasta, y se le adjudicaron al que llegó á ofrecer la más crecida suma.

Lo que los pretorianos hicieron dentro de la ciudad, lo imitan los ejércitos fuera, y confirieron el trono á aquel á quien se sentian más dispuestos á prestar ayuda. Despues de Maximino tuvieron principio las luchas en materia de eleccion entre el ejército y el Senado; y como siempre llevaba la mejor parte la soldadesca, elegia emperadores de diferentes naciones. De esta suerte en vez de dictar Roma leyes á los extranjeros, las recibió de su autoridad soberana, y de dia en dia fué extinguiéndose el patriotismo entre jefes no nacionales y súbditos sumidos en el envilecimiento. Posteriormente aspirando cada uno de los ejércitos á igual derecho, habian de resultar elecciones dobles y

triples, y por necesidad guerras civiles; en las cuales se consumieron malamente las fuerzas que hubieran hecho falta para combatir á los bárbaros, y quedaron desguarnecidas las fronteras cuando urgia atender á su defensa más que nunca.

En el transcurso de los ciento sesenta años que comprende la *Historia Augusta*, llevando el título de emperador, con derecho ó sin él, setenta personas, aunque sea difícil y aún imposible distinguir de otra manera que por el suceso al soberano legítimo del usurpador en medio de los continuos vaivenes del imperio. ¿Habia posibilidad de que se dirigieran monarquías efímeras con sujecion á una política uniforme? Cada recien venido introducía en el gobierno alguna cosa personal, y se complacia en observar una conducta diametralmente opuesta á la de su antecesor, sin que ninguno prosiguiera un gran designio, ni tuviera tiempo de conducirlo á feliz remate.

Constantino reconoció la necesidad de una monarquía regular, aunque sin freno; sin embargo, no hubo suficiente voluntad ó bastante arte para poner en armonía tan distintos elementos. No contento con atajar oportunamente la insurreccion destruyendo la guardia pretoriana, y separando el poder que dirige del que ejecuta, dispersó en las provincias á las legiones que defendian el paso de los rios, dejando tambien expuestas las fronteras á todos los peligros de la invasion.

Sus sucesores se abandonaron á la corrupcion de una córte que reproducia los hábitos de las córtés de Asia, y los palacios en que buscaron albergue á su amenazada grandeza, se convirtieron en focos de intrigas, donde los procesos iníquos y las viles fealdades sustituyeron á las matanzas de los primeros Césares. Rodeados de eunucos y de cortesanos no aprendieron de ellos más que á engolfarse en una ociosidad voluptuosa; poco anhelantes de ver por sus propios ojos, ignoraron la administracion y la guerra, las quejas y las necesidades de los pueblos, contentándose con los relatos que les hacia un confidente astuto, venal é intrigante.

¿Cabia en lo posible que continuaran los ciudadanos amando á semejante patria? Segregados del servicio militar por una recelosa desconfianza, excluidos por la constitucion de los

públicos debates, siendo considerada la industria como vergonzosa ¿qué les quedaba á pobres y á ricos? Yacer en la holgazanería ó exhalar su actividad turbulenta en las facciones del circo ó en los excesos y en las rivalidades del lujo. Era seguida la escuela estóica por las gentes ménos corrompidas, y consiste su gloria en haber producido el prudente Nerva, el memorable Trajano, el hábil Adriano, el virtuoso Antonino; pero el estoicismo, que aislaba al hombre, á quien hacia mirar la apatia como el colmo de la ventura, y no teniendo en la práctica nada espontáneo ni generoso, no enjendró mejora social de ninguna clase; antes bien servia á menudo hasta para justificar el egoismo y la arrogancia. Las doctrinas de Epicuro, que el inhumano patriotismo de Fabricio habia deseado á los enemigos de Roma, llegaron á ejercer predominio y rompieron el freno que todavía alcanzaba á imponer el miedo á los dioses, entonces dirigieron los romanos á los deleites toda la energía de que estaban dotados; á trueque de proporcionárselos les parecieron medios lícitos la corrupcion, el perjurio, el falso testimonio.

Todavía desplegaron una vez algun vigor los romanos, y fué para rechazar la ley Papia-Poppea, que reprimia el libertinaje. El amor á los espectáculos rayaba en delirio. «Si saben, dice Ammiano Marcelino, que llegan de un lugar cualquiera aurigas ó corceles, se agrupan en torno del noticiero, del mismo modo que sus mayores fijaban sus atónitos ojos en los hijos de Leda, mensajeros de la victoria. Pasa su vida la plebe en el juego, en la embriaguez, en el garito y en los espectáculos. Es el gran circo el punto central de sus esperanzas, el lugar de las grandes asambleas. Amontónase pueblos en el foro, en las esquinas y en las plazas, y las personas que gozan de más crédito discurren por las calles vociferando que el Estado está perdido, si en las próximas carreras, tal auriga, no es el primero que se lanza á la carrera y dá vuelta al circo. No bien asoma el alba el dia de los juegos ecuestres, cuando cada uno corre y se precipita, superando en velocidad á los carros próximos á entrar en la liza; muchos hasta velan toda la noche por el miedo que les asalta de que toque la peor parte en el palenque á su faccion favorita.»

Hemos visto á los ciudadanos de Tesalónica asistir al teatro echando en olvido cuanto temian que temer de la cólera de Teodosio; atraídos por el estímulo de juegos, fueron á hacerse degollar como mansas ovejas. San Agustin y Orosio refieren que los romanos refugiados á Cartago para libertarse de Alarico, pasaban todo el dia en los teatros; para ellos todo desastre era cual no acontecido tan luego como se encontraban otra vez en el circo; acaecia cual si la cuchilla de los godos no hubiera caído sobre Roma tan luego como sus ciudadanos podian disfrutar nuevamente de los juegos del anfiteatro. De aquí, frase feliz de Salvio; *El Pueblo muere y se rie*. ¡Tan grande era la diferencia respecto de los males de la patria!

Echa en cara el mismo Salvio semejante manía á los moradores de Tréveris, que apenas libres del azote de los bárbaros, imploraban á los emperadores los juegos del circo como un remedio suficiente á los males que habian padecido. «¡Infelices! ¿Dónde hareis que sean celebrados? ¿Sobre las cenizas y sobre las osamentas de vuestros conciudadanos? Todos lloran, y vosotros trasportados de un júbilo criminal en el seno del pecado, provocais á Dios é irritais su cólera con detestables supersticiones.»

El libro de este escritor elocuente dá testimonio en todas sus páginas de la corrupcion, ó más bien de la falta de costumbres de la sociedad antigua, y de cómo hasta los mismos cristianos habian degenerado de la pureza primitiva. Heredando decuriones y senadores á una infinidad de familias, reducidas á la servidumbre á fuerza de mandas y de usurpaciones, habian invadido provincias enteras, y considerándose como centro de un pequeño mundo, no hacian de todo lo demas ningun caso. Poseian los hijos del moro Nabal las costas septentrionales del Africa en una extension de treinta grados. Si los godos se apoderaban de los campos de uno de aquellos millonarios en la Tracia, le quebaban otros en España; si los borgoñones prendian fuego á sus cosechas en la Galia, continuaban produciéndoles nuevos tesoros sus bosques de olivos en Sira. De aquí provenian enormes abusos. Efectivamente, ¿qué magistrado podia intimar obediencia al poseedor de provincias enteras?